

# ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO LXI



C. S. I. C.  
**2021**  
MADRID

Anales del Instituto de Estudios Madrileños publica ininterrumpidamente desde 1966 un volumen anual dedicado a temas de investigación relacionados con Madrid y su provincia. Arte, Arqueología, Geografía, Historia, Urbanismo, Lingüística, Literatura, Economía, sociedad y biografías de madrileños ilustres y personajes relacionados con Madrid son sus asuntos preferentes. Los autores o editores de trabajos relacionados con Madrid que deseen dar a conocer sus obras en Anales del Instituto de Estudios Madrileños deberán remitirlas a la Secretaría del Instituto, calle Mayor, 69, 28013 Madrid, ajustándose a las normas para autores publicadas en el presente número de la revista. Los originales recibidos son sometidos a informe y evaluación por el Consejo de Redacción, contando con el concurso de especialistas externos.

Dirección:

Presidenta del Instituto de Estudios Madrileños: M<sup>a</sup> Teresa Fernández Talaya

Consejo asesor:

Rosa BASANTE POL (UCM)  
Carlos GONZÁLEZ ESTEBAN (Ayuntamiento de Madrid)  
Carmen CAYETANO MARTÍN (Archivo de la Villa)  
Enrique de AGUINAGA LÓPEZ (Cronistas de la Villa)  
Alfredo ALVAR EZQUERRA (C.S.I.C.)  
Carmen SIMÓN PALMER (C.S.I.C.)

Consejo de Redacción:

M<sup>a</sup> Teresa FERNÁNDEZ TALAYA (IEM)  
Carlos GONZÁLEZ ESTEBAN (Ayuntamiento de Madrid)  
Ana LUENGO AÑÓN (Universidad Politécnica de Madrid)  
Carlos SAGUAR QUER (Fundación Lázaro Galdiano)  
Carmen MANSO PORTO (Biblioteca Real Academia de la Historia)  
José Bonifacio BERMEJO MARTÍN (Ayuntamiento de Madrid)  
M<sup>a</sup> Pilar GONZÁLEZ YANCI (UNED)

Coordinación de esta edición:

Amelia ARANDA HUETE (Patrimonio Nacional)

La revista Anales del Instituto de Estudios Madrileños está recogida, entre otras, en las siguientes bases de datos bibliográficas y sistemas de información:

- Historical Abstracts (<https://www.ebsco.com/products/research-databases/historical-abstracts>)
- dialnet (Portal de difusión de la producción científica hispana, <http://dialnet.unirioja.es>)
- Latindex Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal) (<http://www.caicyt-conicet.gov.ar/latindex/>)

Ilustración de la cubierta: Fotografía del retrato realizado por Luis de Madrazo a Emilia Pardo en 1888. Colección Particular. Archivo fotográfico del Palacio Real.

Colección: FO Número de inventario: 10153451.

I.S.S.N.: 0584-6374

Depósito legal: M. 4593-1966

## SUMARIO

	<u>Págs.</u>
<i>Memoria del Instituto de Estudios Madrileños. Año 2021</i> .....	9
<i>Benito Pérez Galdós y Emilia Pardo Bazán alrededor de los centenarios del Quijote</i> JOSÉ MANUEL LUCÍA MEGÍAS.....	19
<i>Aportaciones en torno al edificio del Tribunal de Cuentas, obra de Aureliano Varona (1830-1864)</i> IVÁN ROMERO DEL HOYO.....	33
<i>Dádivas de platería y joyas para conseguir prebendas: Duques de Osuna y de Uceda</i> MANUELA SÁEZ GONZÁLEZ.....	55
<i>Dos historias de san Agustín para la iglesia de san Felipe el Real de Madrid</i> PALOMA SÁNCHEZ PORTILLO.....	65
<i>En el tercer centenario de Francesco Sabatini (Palermo 1721 - Madrid 1797)</i> JOSÉ MANUEL CRUZ VALDOVINOS.....	87

<i>El Raso de la Estrella: su evolución formal y funcional como imagen simbólica del Real Sitio de Aranjuez desde el siglo XVI.</i>	
MAGDALENA MERLOS ROMERO.....	99
<i>La vida cotidiana en el Hospicio de Madrid durante el siglo XVIII</i>	
JUAN CARLOS GALENDE DÍAZ.....	133
<i>Las vistas de “casas de campo de su magestad” para la Torre de la Parada. Autores, identificación y trayectorias</i>	
JUAN MARÍA CRUZ YÁBAR.....	145
<i>Piezas de platería madrileña de los siglos XIX y XX en la provincia de Alicante</i>	
ALEJANDRO CAÑESTRO DONOSO.....	199
<i>Una efímera monarquía contitucional (1870-1873): su proyección social</i>	
JOSÉ M <sup>a</sup> MARTÍN DEL CASTILLO / FRANCISCO RAMOS DÍAZ.....	207
<i>Dionisio de Alsedo y Herrera: el oráculo de América</i>	
FERNANDO LÓPEZ RODRÍGUEZ.....	255
<i>Madrid. Retazos de una ciudad inacabada</i>	
BEATRIZ BLASCO ESQUIVIAS.....	293
<i>Necrológicas. Fernando de Olaguer-Feliú y Alonso</i>	
JOSÉ MANUEL CRUZ VALDOVINOS .....	317
<i>Normas para autores</i> .....	319
<i>Evaluadores</i> .....	329

# MADRID. RETAZOS DE UNA CIUDAD INACABADA<sup>1</sup>.

## MADRID. PIECES OF AN UNFINISHED CITY

*Por* Beatriz BLASCO ESQUIVIAS

### RESUMEN:

Antes del asentamiento de la corte en la villa de Madrid, en 1561, comenzó a forjarse la imagen literaria de esta ciudad capital. Literatos y humanistas coincidieron en señalar, como factores característicos de Madrid, la claridad de su cielo, la bondad de sus aguas y la “confusión” o diversidad de sus habitantes. El estudio analiza el origen, fundamento y pervivencia de estos argumentos, ya tipificados, que han pervivido hasta nuestros días y siguen construyendo, en buena medida, la identidad de Madrid. Este texto fue mi discurso de ingreso al Instituto de Estudios Madrileños, en calidad de miembro numeraria.

### ABSTRACT:

Before the settlement of the court in the town of Madrid, in 1561, the literary image of this capital city began to be forged. Literates and humanists agreed to point out, as characteristic factors of Madrid, the clarity of its sky, the goodness of its waters and the “confusion” or diversity of its inhabitants. The study analyzes the origin, foundation and survival of these arguments, already typified, which have survived to this day and continue to build, to a large extent, the identity of Madrid. This text was my admission speech to the Institute of Madrid Studies, as a full member.

**PALABRAS CLAVE:** Madrid, identidad, literatura, humanismo, ciudad capital.

**KEYWORDS:** Madrid, identity, literature, humanism, capital city.

Señor presidente del Instituto de Estudios Madrileños, don Alfredo Alvar Ezquerria, estimados miembros del Instituto, señoras y señores, amigas y amigos:

---

<sup>1</sup> Discurso de ingreso pronunciado por Beatriz Blasco Esquivias, el miércoles 28 de mayo de 2014, en el salón de actos de la Imprenta Municipal de Madrid.

Constituye para mí un honor entrar a formar parte –en calidad de miembro numeraria- del Instituto de Estudios Madrileños, no sólo por el prestigio de la institución y por el papel esencial que desempeña en el estudio y difusión de la Historia de Madrid, sino también por el vínculo de admiración y de amistad que me une con muchos de sus integrantes del pasado y del presente. Desde mi tesis doctoral sobre el pintor y arquitecto madrileño Teodoro Ardemans, que defendí en 1990 bajo la dirección del insigne profesor y académico don Antonio Bonet Correa -miembro también del Instituto de Estudios Madrileños- hasta mis más recientes investigaciones, la Villa y la Corte de Madrid han sido la columna vertebral de mis estudios y un componente fundamental de mi actividad docente. He nacido, he crecido y he vivido en Madrid, de manera que la ciudad ha contribuido poderosamente a forjar mi identidad personal y profesional. Por ello quiero que este discurso sea un modesto homenaje y un sincero tributo de admiración no sólo a Madrid, sino también a quienes me han enseñado a descubrirla y a conocerla como realidad histórica y como experiencia vital, regalándome retazos de ellos mismos para elaborar mi propia imagen de esta ciudad.

#### IMAGEN DE LA CIUDAD NATAL

Ayudados de nuestros propios recuerdos y de otros apropiados de memorias ajenas, con retazos y miradas de dentro y de fuera, construimos nuestra percepción urbana, la imagen de todas las ciudades que, al cabo de la vida, pasan a formar parte de nosotros y entre las que, sin duda, prevalece siempre nuestra ciudad natal. Es fácil recordar la primera impresión que nos produjo una ciudad anhelada: la primera imagen de Compostela o la impronta que dejó en nosotros Roma el primer día que la vimos. Pero ¿cuándo fue la primera vez que miramos a la ciudad natal?, ¿qué efecto nos produjo esta mirada?, ¿qué vimos al mirarla?<sup>2</sup>

Hay una experiencia que, inevitablemente, se escatima a la persona que ha nacido y crecido en una misma ciudad: la experiencia de su descubrimiento, de la primera vez que se avista desde lo lejos y se penetra en ella conscientemente, recorriendo sus calles y observando a sus gentes con una mirada madura y reflexiva. La curiosidad y expectación que acompañan siempre cualquier descubrimiento no son posibles cuando se trata de la ciudad natal; mirarla desde

---

<sup>2</sup> Para componer estos retazos me he ayudado de las vivencias compartidas con mi madre y de las lecturas que he ido haciendo a lo largo del tiempo. Entre todas, quiero reseñar aquí las siguientes: BACHELARD, Gastón, *La poética del espacio*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2000; CALVINO, Italo, *Las ciudades invisibles*, Madrid, Siruela, 1998, y DE AZÚA, Félix, *La invención de Caín*, Madrid, Alfaguara, 1999. Una primera versión de este texto, que recuperó ahora para mi ingreso en el Instituto de Estudios Madrileños, apareció publicada en el catálogo de la exposición BLASCO, Beatriz y MORÁN, Miguel (eds.), *Palabras pintadas. Setenta miradas sobre Madrid*, Madrid, Fundación Caja Madrid-Ediciones El Viso, 2004, pp. 21-43.

fuera es imposible porque estamos ya dentro y somos parte de ella y nuestros ojos se han habituado a verla hasta tal punto que a veces nos resulta difícil contemplarla. La vivencia cotidiana condiciona nuestra percepción de la ciudad y modela nuestros sentimientos hacia ella; nos aproxima tanto que nos quita la distancia imprescindible para identificar sus signos y evaluarlos con una cierta perspectiva, privándonos del rito iniciático que acompaña el descubrimiento de cualquier otra ciudad y que es propio del viaje. Amada o aborrecida, la ciudad de uno mismo se imbrica en nosotros como parte de nuestro ser, y nuestra relación con ella plantea dificultades similares a las que plantea la relación cotidiana y el trato continuado con un pariente en línea directa o con un amigo de la infancia. El roce, haciendo bueno el dicho, despertará a veces un sentimiento de aprecio y de cariño, cuyas motivaciones profundas resultan imposibles de discernir y objetivar. Otras veces, sin embargo, el mismo roce provocará el hastío y el deseo de la distancia, si quiera temporal. Así como difícilmente podremos extirpar de nuestra alma al hermano, al padre o al amigo, también es muy difícil escapar de la ciudad natal, imaginario de nuestra infancia y madre de nuestras primeras sensaciones y recuerdos más íntimos, aquellos que al cabo de los años y sin previo aviso pueden trasladarnos a un patio de juegos, al aroma cotidiano y familiar de un guiso humeante, a la belleza inesperada y cálida de un rayo de sol prendido en una vieja silla de enea, al cosquilleo de la caricia que sigue al primer beso, al frío temible y somnoliento de las mañanas invernales o, en fin, al vibrante –y siempre sorprendente- estallido de la primavera camino del colegio...

Mi primera imagen de Madrid, el primer recuerdo que puedo recuperar ahora de mi ciudad natal, vino determinado por una serie de circunstancias personales. La primera tiene que ver con mi lugar de nacimiento, pues siendo madrileña lo soy desde la orilla, desde un pequeño pueblo al sur de Madrid que quedó absorbido por la ciudad capital tras la guerra civil e integrado en ella como distrito 21; un núcleo rural convertido en barrio de gran urbe a marchas forzadas y mediante el procedimiento del aluvión: aluvión de personas, de casas y de industrias, pese a lo cual –y a otros muchos pesares- tenía entonces y todavía mantiene un breve casco histórico y una arraigada urdimbre social. Durante mi infancia, los viajes a Madrid –que los recién llegados disfrazaban con el eufemismo de “ir al centro”- eran esporádicos y estaban generalmente encaminados a realizar una actividad extraordinaria. Madrid (el famoso “centro”) no estaba lejos, pero aun así había que recorrer una distancia considerable en coche, atravesando antes de llegar al Manzanares una zona discontinua donde se alternaban los bloques de viviendas con los campos sembrados o simplemente abandonados. Madrid –la gran ciudad- se presentía ya desde el borde de la Plaza de Legazpi, amurallada a uno y otro lado por el Matadero Municipal y el Mercado de Frutas. El río Manzanares, el Puente de la Princesa, el Paseo de las Delicias..., todo parecía formar parte de un mundo prometedor y fabuloso. A la altura del Manzanares, cuya presencia siempre nos hacía notar mi madre, una se preguntaba si el fondo

estaría lleno de manzanas, aunque muchas veces la respuesta se encontraba allí mismo, cuando el cauce medio seco nos mostraba con sorpresa y decepción un lecho sólo de arena y poco profundo. Después el río no volvía a aparecer en la ciudad. Ni rastro de él hasta que volvíamos de regreso y salía a despedirnos, tan fugaz e instantáneo como antes.

Una vez rebasado el Manzanares, ya estábamos en Madrid. El río era la puerta de la ciudad y tras él, del otro lado, la discontinuidad se convertía en una asombrosa y compacta continuidad de casas altas, calles amplias y arboladas, farolas, automóviles, escaparates y personas en movimiento. El coche discurría calle arriba por el Paseo de las Delicias, cuya ondulante topografía aumentaba la sensación de amplitud y extensión de esta primera vía urbana, percibida entonces como un túnel frondoso y alto, matizado de luces y de sombras, cambiante a cada paso. Esta primera percepción de la ciudad se completaba de inmediato con otra, condicionada esta vez por mi propensión al mareo cuando viajaba en coche y por el eficaz remedio que ideó mi madre para distraerme: Consistía en contar las innumerables bombonas de butano que se alojaban en los balcones de las casas. Hoy en día, cuando el gas ha sido atrapado también en tuberías y convive en el subsuelo de Madrid con el agua, la luz y los hilos telefónicos, más arriba del metro, esta imagen tiende a desaparecer, pero hasta hace pocos años predominaba en algunas áreas urbanas, salpicando las fachadas de insólitas y a la vez características pinceladas de intenso color naranja. Distraída en contar bombonas de butano me acostumbré a pasear la vista por las delanteras de los edificios, percibiendo la ciudad como una sucesión interminable de fachadas altas y boquiabiertas, cuajadas de balcones soleados y miradores donde convivían las bombonas con los tiestos, con tendederos de ropa limpia y con algún que otro trasto viejo. El balcón era entonces el auténtico protagonista de la ciudad y, en cierto modo, sinónimo de esta, sobrepasando en importancia a las fachadas donde se alojaban. Madrid era a mis ojos una ciudad de balcones, de ámbitos habitables que asomaban a la calle la vida doméstica e introducían en la casa el bullicio callejero, configurando al mismo tiempo un palco y un escenario donde convivían lo público y lo privado. De aquellas idas infantiles a Madrid no conservo una imagen vista desde la lejanía, sino la sensación festiva y amable de una ciudad extensa, cambiante y bulliciosa; una ciudad a la que sólo el viento frío del invierno confería una cierta inquietud por el riesgo de resfriados que, al parecer, acarreaba. El estremecimiento originado por aquellas bocanadas de aire gélido y el calor reconfortante y protector de la bufanda han perdurado en mi memoria como otro rasgo propio de aquel Madrid de mi infancia.

Con el paso de los años, a esta imagen le sucedió otra bien distinta, condicionada asimismo por los ojos del espectador. En este caso, ya no eran los de una niña sino los de una joven que cada día recorría en autobús la distancia (cada vez más compacta) entre su barrio y la estación de metro, otra vez en la Plaza de Legazpi, camino de la universidad. Viniendo a Madrid de día desde la



periferia sur, antes de que se colmataran la entrada y la visión de la ciudad con enormes edificios hospitalarios, de oficinas y de vivienda y con un gran nudo viario, Madrid pasó a ser un espectáculo divisado en la distancia, un telón de fondo en el horizonte de la antigua carretera de Andalucía, reconvertida ya en gran avenida urbana. Percibida ahora desde lo lejos, Madrid parecía una cornisa resplandeciente y nítida, recortada contra el cielo azul por el efecto de una luz tan cristalina que permitía divisar –al fondo de la escena- la sierra de Guadarrama. Los días plomizos del invierno gravitaba sobre la ciudad la masa amenazante y grisácea de la polución, que desaparecía como por encanto cuando el viento norte barría la atmósfera contaminada, impregnando el aire de una sensación tonificante, de un frío inmóvil y transparente que parecía congelar los edificios y esculpir a cinceladas sus contornos.

La eficacia celestial embellecía entonces la ciudad más que ningún artefacto monumental y permitía saborear –al ritmo lento del autobús- la masa arbórea del Retiro y de la Colina de las Ciencias, a la derecha del paisaje; la cúpula solemne y chata de San Francisco el Grande, a la izquierda, y en el centro, dominándolo todo, más o menos en eje con la larga carretera (hoy Avenida de Córdoba), el edificio alto, muy alto, de la Telefónica, coronado entonces con su luminoso y moderno reloj de color rojo. Desde aquí, ese era el verdadero hito urbano de Madrid, triunfante en monumentalidad y protagonismo sobre cualquier otro que pudiera divisarse a lo lejos. Imponente desde cerca es, sin embargo, en la distancia donde el edificio de Telefónica, en el corazón de la Gran Vía, consolida su dimensión monumental gracias a su sabio emplazamiento, que aprovecha la eficaz rugosidad de la topografía madrileña para encaramarse a un inadvertido altozano y dominar el paisaje urbano.

Un día tras otro la visión panorámica de Madrid producía en mí el mismo efecto involuntario de sorpresa y regocijo, idéntico y cambiante cada vez por influjo de la atmósfera. Tratando de identificar los signos de mi ciudad, fui entretejiendo mis sensaciones con las miradas de otros hasta reconocer en la luz y en el cielo de Madrid uno de sus rasgos más particulares. Aquella suele ser cristalina y tersa como la piel de una ciudad constantemente joven y lozana; luz alegre y soleada que sólo raras veces se oscurece y apaga -envejecida y entristecida- por el efecto sombrío del invierno. Su aliado, el cielo de Madrid, ha merecido y merece con razón la atención de cronistas, poetas, viajeros y escritores de toda índole. Unamuno diferenciaba entre la verticalidad del cielo de Salamanca y la horizontalidad del cielo de Madrid, cuya extensión inabarcable parece reflejar en las alturas la inmensidad de los campos de Castilla y las llanuras de La Mancha, los imposibles mares de tierra en cuyo medio está Madrid varada. Rafael Alberti (que quedaría asombrado por el “cielo abierto” del Museo del Prado y conmocionado por el estruendo de la guerra) no supo con sus ojos veinteañeros ver el mar en el cielo de Madrid, y en sus palabras -nostálgicas como el tañido de una campana- reprochaba esta carencia a la ciudad:

El mar. La mar. / El mar. ¡Sólo la mar! / ¿Por qué me trajiste, padre, / a la ciudad?  
/ ¿Por qué me desenterraste / del mar? / En sueños, la marejada / me tira del corazón.  
/ Se lo quisiera llevar. / Padre, ¿por qué me trajiste / acá?<sup>3</sup>.

Forastero de Madrid (“ciudad / a quien jamás he querido”, repetía en el mismo poemario), años después cantó Alberti en el exilio el heroísmo de sus gentes y aún escribió algún verso al pobre Manzanares y a la luz de esta ciudad valiente y de tierra; esta “capital mordida” y recordada en la distancia que nunca le inspiró, sin embargo, poemas de amor tan hermosos como los que dedicó a *Roma, peligro para caminantes*. Paladeando desde el Trastévere el sabor imperecedero de esta ciudad gatuna e inmortal, pero con el regusto salobre y la añoranza del mar de Cádiz en sus labios, Alberti se dispuso a sucumbir a Roma como nunca lo hiciera con Madrid: “dame tú, Roma, a cambio de mis penas, / tanto como dejé para tenerte”<sup>4</sup>.

#### LA CONSTRUCCIÓN IDENTITARIA DE MADRID. LA CLARIDAD DEL CIELO...

Trescientos años antes, en 1629, el cronista Jerónimo de Quintana (1570-1644) quiso consolidar la fama salutífera del clima de Madrid mediante la comparación de su cielo con el de Roma, emprendiendo un camino que daría muchos frutos literarios:

Conocida cosa es por toda España, y aun por todo el orbe, la templanza grande de la región de este lugar, la benignidad de las estrellas, la claridad de los horizontes, la pureza y limpieza de los cielos, la benevolencia de los astros, la excelencia del clima, que es el mismo que goza la gran ciudad de Roma...; con las tierras al Norte y al Poniente, y con las sierras y puertos de Guadarrama, que templan tanto los aires y los purifican, que no les dan lugar a inficionarse ni a que estraguen y alteren la salud de los vecinos; la benignidad del cielo, que con su celeste influencia le favorece, estando de ordinario sereno, claro y alegre, de suerte que nunca parece estar desgraciado ni descontento; el cual apenas se muestra enojado y con ceño cuando, como arrepentido, se le quita y esconde, mostrándose apacible y agradable<sup>5</sup>.

Movido por afanes más científicos, el geógrafo Alexander von Humboldt (1769-1859) desenterró esta rara similitud mucho después y evidenció una insólita semejanza climática entre Madrid y Roma, a pesar de la distinta altitud de cada una. Su afirmación, desprovista del significado original, adquirió también forma literaria y contribuyó a las sucesivas comparaciones entre Madrid y Roma

---

3 ALBERTI, Rafael, *Marinero en tierra. Poesías* (1924), Madrid, Biblioteca Nueva, 1925, 130.

4 “Lo que dejé por ti”, en *Roma, peligro para caminantes* (México, 1968), Barcelona, Seix Barral, 1977, p. 13.

5 DE QUINTANA, Jerónimo, *Historia de la antigüedad, nobleza y grandeza de la villa de Madrid*, Madrid, 1629, pp. 43-45.

que realizaron después Corpus Barga, Max Aub, Manuel Azaña y algunos más<sup>6</sup>. Emilio Castelar (1832-1899) centró el argumento de esta analogía en el cielo de ambas ciudades, que él estimaba similares en contra de la opinión de Pío Baroja (1872-1956). Para éste

el cielo de Madrid no se parece en nada al de Roma... El cielo de Roma es más azul, más oriental, más pomposo; el cielo de Madrid es más pálido, más limpio, más de montaña... El cielo de Madrid está en la paleta de Velázquez, en esos tonos un poco grises, de una gran suavidad y una gran elegancia. Es el ambiente físico, el aire sutil, el que da en Madrid ese gris ingrátido a los cuerpos. Todo se desmaterializa en ese ambiente madrileño; nada parece que tiene sustancia ni peso: un palacio como el Palacio Real, al anochecer, más que un conjunto de piedras es una masa de rosa pálido en un cielo de ópalo<sup>7</sup>.

Contrapunto del suelo madrileño, el cielo de Madrid es también como la palma de una mano, aparentemente liso y uniforme, aunque surcado de leves irregularidades, de altos y de bajos, de pequeños y continuos accidentes que potencian y enaltecen la ilusoria sencillez de sus elementos atmosféricos, favoreciendo insólitas visiones y reconfortantes perspectivas. Recién barrido por el viento norte de la sierra, el cielo madrileño luce límpido, azul y marinero (de mar en calma), hipnótico e intenso. Bajo él todo es posible y la ciudad (su cómplice) lo aprovecha para hacerse más callejera que nunca y convertirse en paseo, buscando fuera de casa el beneficio mañanero del sol y el gozo vespertino del aire fresco y todavía luminoso. Ataviada de cielo azul y soleado, en primavera y otoño, Madrid resplandece y oculta sus miserias, sus incongruencias de capital artificial y de ciudad inacabada, provisional al cabo de los años, de ciudad admirada o vituperada -nunca ignorada- que desde hace siglos carga con el fardo de saberse objetivo de todas las miradas. Otros muchos días, y muchos más atardeceres de las estaciones intermedias, el cielo de Madrid echa mano de las montañas para vestirse de nubes. Blancas y tangibles, rotundas, las nubes forman castillos en el cielo del castillo más famoso, del rompeolas de todas las Españas, según dijo Antonio Machado, y no amenazan lluvia, sino que permanecen quietas en lo alto o corren empujadas por el viento sólo para contribuir, aún más si cabe, a la belleza del cielo, atemperando la vitalidad categórica del sol y matizando de colores la luz del día, convertido ya en transcurrir de horas. Al amanecer y al atardecer, cuando el astro rey está desprevenido, el cielo de Madrid adquiere tonalidades y formas increíbles y se tiñe de rojo, de malva, de violeta y de naranja, y de blanco y de gris plata... El espectáculo está garantizado y, aunque Madrid tiene pocos balcones al paisaje, es tal la intensidad del cielo entonces que consigue abrirse paso entre las calles

---

6 RIDAO, José María, *El pasajero de Montauban*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2003, p. 17.

7 BAROJA, Pío, *El amor, el dandismo y la intriga*, en *Obras Completas*, Madrid, 1946, 6 vols., t. IV, pp. 87-88.

e inundar de púrpura las horas más breves del día, permitiéndonos disfrutar del curso del tiempo y de la lucha tenaz y desigual entre la luz y la oscuridad. Es entonces cuando, al decir de Luis Bello (1872-1935), la media luz dignifica a Madrid y hace que sus casas parezcan edificios e, incluso, monumentos:

Una de estas tardes, casi al anochecer, atravesábamos la Puerta del Sol un amigo y yo. A esa hora, cuando han huido ya por la hendidura de la calle del Arenal los últimos rayos del sol, Madrid es incomparable. La media luz lo desfigura, lo dignifica, lo dramatiza. Las casas parecen edificios y, a veces, monumentos. El cielo, inundado de esa luz cárdena, trágica, violenta, tan madrileña para Goya como para nosotros, diríase que ha de cubrir un mundo de grandezas. Empiezan a lucir los arcos voltaicos, y cada calle enciende su constelación. Así, puede decirse sin demasiado orgullo, que al anochecer parece Madrid una gran ciudad.<sup>8</sup>

Durante los meses del estío el sol madrileño es más que sol; es calima envolvente y asfixiante, luz dorada y cegadora que ralentiza el paso del tiempo y adormece la voluntad de la ciudad. Es el sol seco y castellano de la siesta, sin paliativos de brisa, pero también sin la humedad pegajosa que empapa los veranos de otras urbes. Un sol hiriente y de fuego que se ganó el rechazo, por igual, de Pedro Antonio de Alarcón (1833-1891) y del también madrileño a su manera Pío Baroja:

El verano en Madrid –exclamaba Alarcón- es horrible, desconsolador, bochornoso en el doble sentido de la palabra... ¡qué calor!, ¡qué polvo!, ¡qué fetidez! Ni un árbol, ni una flor, ni un chorro de agua, ni un pájaro, ni la sombra de una peña, nada que solace los sentidos<sup>9</sup>.

Igual de categórico, confesaba Baroja lo siguiente:

No me gustaba Madrid... Esa luz fuerte, ese sol brillante, el aire polvoriento me ha desagradado. Sobre todo, el verano me parece muy molesto. No es para mí la luz violenta, no tengo ojos buenos para verla; a la claridad fuerte prefiero el gris, no porque sea más fino ni más basto –esto me tiene sin cuidado- sino porque me parece más agradable. El invierno en Madrid me ha sido siempre simpático hasta que me he hecho friolero como un gato viejo<sup>10</sup>.

Durante estos pocos meses, Madrid se abriga con luz blanca, blanquinosa en palabras de Gómez de la Serna (1888-1963), “sobre todo cuando se da polvos de invierno. Su mismo frío no es tampoco ese frío grisáceo oscuro de casi todos los otros pueblos, sino un gris fluorescente y en el que se sostiene la luz hasta

---

8 BELLO, LUIS, *Ensayos e imaginaciones sobre Madrid*, Madrid, Calleja, 1919, p. 197.

9 DE ALARCÓN, Pedro Antonio, *Diario de un madrileño*, 1858, en *Obras Completas*, Madrid, Fax, 1943, pp. 1709-1710.

10 BAROJA, Pío, *La sensualidad perversa*, en *Obras Completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1946, t. II, p. 895.

última hora todos los días”<sup>11</sup>. Incluso cuando los días son de hielo y el sol luce congelado, su presencia contribuye más que nada a embellecer la ciudad y a enaltecer sus edificios y sus calles, curando las heridas de las zanjas que brotan cada día y brindando un reconfortante rescoldo al aterido caminante. Huérfano del sol de invierno, el cielo de Madrid se apelmaza y empalidece de frío, y la ciudad se apaga y sucumbe a la tristeza, replegándose en sí misma y afeándose a la espera de un nuevo día luminoso. Si, al abrirse, éste presagia lluvia, el sol también se vestirá de agua y lucirá plúmbeo y luminiscente, aliándose con el olor de la tierra y con la luz almibarada de la atmósfera para convocar un aguacero que quizá no llegue nunca a derramarse.

### ... Y LA “CONFUSIÓN” DEL SUELO

La luz y el cielo han forjado durante siglos la fama de Madrid, ofreciendo a los cronistas y escritores argumentos para su exaltación. Desprovista de los afanes artísticos y monumentales de Roma, París o Barcelona, desprovista casi de responsabilidad en este punto a pesar de la majestuosidad del Palacio Real (orillado en el balcón del Manzanares), de la grandeza de la Castellana y la Gran Vía y de la regularidad incompleta del Barrio de Salamanca o el de Argüelles, Madrid ha confiado su hermosura a la proverbial claridad de su cielo y al no menos proverbial dinamismo de su suelo, dispuesto siempre a ralentizar el paso de los viandantes y a convertirlo en paseo, en animado espectáculo para los que miran y para los que son mirados, a la vez protagonistas y espectadores de la farsa que se escenifica continuamente en la calle.

Desde 1561, esta farsa no es otra que la de la capitalidad, estigma de Madrid y -al mismo tiempo- su única razón de ser, argumento esencial de cuantas opiniones y juicios se han vertido a favor y en contra de ella. No sin ciertas reservas, hoy se admite que la elección de Madrid fue minuciosamente planificada por Felipe II quien, a despecho de otras poblaciones más relevantes, eligió esta pequeña villa para poner en práctica un programa político y cultural de gran alcance<sup>12</sup>. Frente a sus otras rivales Madrid empalidecía, pues no tenía

la tradición cortesana de Valladolid, la grandeza histórica de Toledo o la magnificencia de Sevilla. Valladolid contaba con la primera Chancillería de la Corona y con una de sus más ilustres universidades. Toledo tenía a su favor el título de haber sido la capital de toda España, en los tiempos visigodos, y la preeminencia de ser la sede de la Iglesia metropolitana. En cuanto a Sevilla, su condición de puerto de las Indias Occidentales le alzaba al rango mayor...<sup>13</sup>

---

11 GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón, *Elucidario de Madrid*, 2ª edición, Madrid, Ayuntamiento, 1957, p. XXV.

12 J. RIVERA, *Juan Bautista de Toledo y Felipe II*, Valladolid, Universidad, 1984, 317-334.

13 FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel, *Poder y sociedad en la España del Quinientos*, Madrid, Alianza, 1995, p. 278.

Todas gozaban de tantas ventajas... como inconvenientes. Eran realidades tan sólidas y definidas que parecía imposible transformarlas en aras de un ideal. A Madrid, en cambio, le faltaba carácter, aunque esta ductilidad permitía imaginar cualquier caracterización posible, incluso la de ciudad capital<sup>14</sup>. Sea como fuere, la decisión del rey provocó una oleada de rumores e hizo surgir una pregunta que todavía ronda nuestras cabezas: ¿Por qué Madrid?

La respuesta hay que buscarla, sin duda, en la ciudad misma, aunque no tanto en sus evidencias como en sus silencios; en los velados secretos de una capital desprevenida que ha conseguido subyugar a pesar suyo, trastocando sus impedimentos en virtudes. A este respecto, reflexionaba Jaime Oliver Asín:

No cabe duda de que Madrid es una de las grandes poblaciones más extrañas y singulares del mundo occidental. Todas las ciudades importantes de España y de Europa, excepto la Corte, se han formado, como ya sabemos, allá donde la topografía era propicia al desarrollo de las actividades comerciales o guerreras de un gran pueblo. Todas, menos Madrid, aparecen bien sobre puertos, bien a orillas de vías fluviales, bien sobre cerros inexpugnables, a los que suele abrazar un río, bien a la cabeza de puentes estratégicos, bien en cruces o puntos fundamentales de una red de caminos. En comparación con ellas, Madrid es el caso único de población que ni se alza sobre cerros invulnerables, ni cruza por ella calzada antigua, ni se sirve de un río, ni se extiende sobre terreno donde brote el agua sin artificio, ni ofrece, en fin, acueducto que venga de montaña alguna...<sup>15</sup>.

La misma extrañeza fue manifestada por otros muchos escritores, como el embajador inglés William Cecil, Lord, Roos (1590-1618), que pasó por Madrid en servicio diplomático en 1617, cuando todavía no se habían levantado edificios monumentales como la Casa de la Villa, la Plaza Mayor o la Cárcel de Corte (hoy Ministerio de Asuntos Exteriores). A pesar de estas ausencias tan notables, el crítico y cosmopolita nuncio inglés señaló la belleza de algunas calles y edificios madrileños, aunque recalcó enseguida la irregularidad de su agrupación y su falta de sintonía arquitectónica, infiriendo con extraordinaria lucidez que el origen de tanta confusión se hallaba en la artificialidad misma de Madrid, a la que no podía considerarse –en virtud de sus carencias– una verdadera ciudad sino un mero asentamiento cortesano:

Aunque Madrid tiene muchas calles bonitas y buenas casas, la escasa armonía que guardan las casas entre sí confiere a la ciudad una apariencia desigual y poco agradable a la vista. No es de extrañar, pues Madrid no tiene mar, río navegable, Universidad, ni producto local alguno con el que comerciar. Antes que, como una ciudad, ha de considerársela como un asentamiento cortesano, un paraje donde hombres de toda condición han edificado para poder llevar a cabo sus gestiones, unos de una manera, otros de otra, un gran señor aquí, un pobre más allá, pero no con la intención de

---

14 BLASCO ESQUIVIAS, Beatriz, "Madrid, utopía y realidad de una ciudad capital", en *Madrid. Revista de arte, geografía e historia*, Madrid, Comunidad de Madrid, I, 1998, pp. 47-72.

15 OLIVER ASÍN, Jaime, *Historia del nombre "Madrid"*, Madrid, CSIC, 1959, p. 142.

terminar allí sus días, sino sólo sus gestiones. Y, verdaderamente, la disposición de los edificios en Madrid, si se comparan unos con otros, hace que esta ciudad parezca no tanto una realidad como el producto de una pesadilla, como si en una noche todos los vecinos hubieran decidido construir sus casas sin conocerse entre sí...<sup>16</sup>.

También Lope de Vega (1562-1635) retrató en diversas ocasiones las consecuencias de la capitalidad, que vinculó a la bondad del clima madrileño, afirmando que Madrid gozaba de “un apacible cielo / que cubre fáciles casas / que hoy las comienza su dueño / y mañana vive en ellas / a medio secar sus techos” (*La burgalesa de Lerma*, 1613). Dos años después justificaba este desbarajuste por la presencia del rey, de su corte y del gobierno de la nación, que ejercían un poderoso reclamo sobre las gentes:

A todos la Corte agrada, / pues de varias partes vienen / a poblar su confusión / con intentos diferentes. / Con esto se labran casas / como que un arca previenen / a los diluvios del mundo. / Así, a muchos les parece / que se han de acabar los montes, / pues no es posible que lleguen / con los pinos que se cortan / más que a seis años o siete...” (*La portuguesa y dicha del forastero*, 1615).

Y en 1629 –en *Los yerros por amor*– insistía en el peligro medioambiental de Madrid,

lugar que, como amanece / en otras partes el alba / y se ven aguas y flores, / en él amanecen casas. / Estas crecen de tal suerte / que para los edificios faltan / los árboles a las sierras, / las piedras a las montañas.

Las casas improvisadas convivían en Madrid con los palacios, así como los pícaros convivían con los nobles, contribuyendo entre todos a hacer de la Villa y Corte un universo de contrastes y un mundo de confusión, cuya grandeza se medía más por la abundancia y diversidad de sus pobladores y por la animación social de sus calles que por el esplendor de sus edificios o la armonía de su paisaje urbano.

A este respecto, nos interesa también el testimonio del famoso filólogo inglés George Henry Borrow (1803-1881), difusor de biblias protestantes que, a su paso por Madrid en 1836-1839, afirmaba:

He visitado casi todas las capitales importantes del mundo; pero, en conjunto, ninguna me ha interesado tanto como la Villa de Madrid... No hablo de sus calles ni edificios, de sus plazas ni de sus fuentes, aunque algo de esto hay en Madrid digno de nota; Petersburgo tiene calles más hermosas, París y Edimburgo, edificios más suntuosos; Londres, plazas más bellas, y Shiraz puede alabarse de poseer fuentes más lujosas, aunque no aguas más frescas. ¡Pero la población!... Cercados por un muro de

---

16 CHECA, José Luis (estudio y selección), *Madrid en la prosa de viaje I*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1992, pp. 23-24; William Cecil, Lord Roos, *Recepción como embajador extraordinario del Rey de España*, 1617.

tierra que apenas mide legua y media a la redonda, se agolpan doscientos mil seres humanos, que forman, con toda seguridad, la masa viviente más extraordinaria del mundo entero...<sup>17</sup>.

Luis Martín Santos (1924-1964) no fue a la zaga y con extraordinaria sutileza supo plasmar también las incongruencias de esta ciudad capital, enmudecida, enajenada y hambrienta en 1949 por la posguerra:

Hay ciudades tan descabaladas, tan faltas de sustancia histórica, tan traídas y llevadas por gobernantes arbitrarios, tan caprichosamente edificadas en desiertos, tan parcamente pobladas de una continuidad aprehensible de familias, tan lejanas de un mar o de un río, tan ostentosas en el reparto de su menguada pobreza, tan favorecidas por un cielo espléndido que hace olvidar casi todos sus defectos, tan ingenuamente contentas de sí mismas al modo de las mozas quinceñas, tan globalmente adquiridas para el prestigio de una dinastía, [...] tan proyectadas sin pasión pero con concupiscencia hacia el futuro, tan desasidas de una auténtica nobleza, tan pobladas de un pueblo achulapado [...], tan embriagadas de sí mismas [...] tan llenas de hombres serios cuando son importantes y simpáticos cuando no son importantes, tan vueltas de espaldas a toda naturaleza [...] tan agitadas por tribunales eclesiásticos con relajación al brazo secular [...] tan abundantes de torpes teólogos y faltas de excelentes músicos [...] tan abufaradas de autobuses de dos pisos que echan humo cuanto más negro mejor sobre aceras donde la gente va con gabardina los días de sol frío, que no tienen catedral<sup>18</sup>.

#### VENTURAS Y DESVENTURAS DE UNA CIUDAD CAPITAL

A diferencia de otros, Felipe II prefirió a Madrid sin catedral y es muy probable que sopesara también esta circunstancia al elegir una sede estable para su monarquía. Hay quien señala, en cambio, el especial cariño que sintió el rey por esta Villa durante su juventud, cuando ya era príncipe heredero, aunque una mera afición sentimental no bastaría para justificar una decisión de tanto alcance. Otros subrayan las ventajas políticas, administrativas y económicas de Madrid por su estratégica ubicación en el centro de la península; ventajas que

---

17 BLASCO ESQUIVIAS, Beatriz, "Grandeza y miseria de Madrid en el Siglo de Oro", en MORÁN, Miguel y GARCÍA, Bernardo José (eds.), *El Madrid de Velázquez y Calderón. Villa y Corte en el siglo XVII*, Madrid, Akal, 2000, I, pp. 83-100. Sobre George Henry Borrow, véase AZAÑA, Manuel (introducción, notas y traducción), *La Biblia en España*, Madrid, Alianza, 1993, p. 161. Reverso de este retrato es el que compuso el francés Eugène-Louis Poitou (1815-1880) durante su estancia de dos días en Madrid, en 1867: "Madrid es una ciudad bastante triste y una capital bastante mezquina. Carece tanto de encanto como de grandeza. No tiene ni la belleza del emplazamiento..., ni las ventajas o el atractivo de un río..., ni recuerdos, pues es una ciudad que apenas data de ayer; ni monumentos... Pero ha ocurrido con Madrid lo que ocurre con todas las ciudades fundadas pretenciosamente por el capricho de un soberano sin tener en cuenta la naturaleza de las cosas: como Berlín y Washington, es una creación artificial que tiene una vida totalmente ficticia", en FERRER GONZÁLEZ, José María, *Visión romántica de Madrid*, Madrid, Viajes ilustrados, 1997, p. 119.

18 MARTÍN SANTOS, Luis, *Tiempo de silencio*, Barcelona, Seix Barral, 1961, pp. 15-16.



serían bien sopesadas por un monarca tan riguroso y concienzudo como éste, embarcado entonces en la aventura de gobernar un imperio intercontinental cuyos confines equidistaban de la población elegida. Situada en el corazón del Reino de Castilla (que era, a su vez, la “perla” de la Corona), Madrid en 1561 no podía considerarse una gran ciudad, pero tampoco era un villorrio o una aldea y gozaba ya de una estructura social bien consolidada y una economía suficiente para una población en desarrollo<sup>19</sup>. Sin ser grande, Madrid no era pequeña; sin ser una ciudad consolidada y monumental, al estilo de Toledo, Sevilla, Granada, Barcelona, Valladolid o Zaragoza, tampoco era un núcleo rural y destartado, y aunque no desempeñó un papel protagonista en la historia de la monarquía española durante las postrimerías de la Edad Media y los inicios de la Moderna, supo estar a la altura de las circunstancias en sucesos tan relevantes como la sucesión de Isabel I de Castilla (1470-1498) o la Guerra de las Comunidades (1520-1522)<sup>20</sup>. Sin otro río que el Manzanares (menguado e innavegable) disponía, en cambio, de excelente y abundante agua potable subterránea y, aunque padecía bruscos cambios estacionales por su clima continental, con rigurosos fríos invernales y sofocantes calores estivales, gozaba de primaveras y otoños largos, amables, luminosos y templados. La sierra, visible en la lejanía, garantizaba un aire seco y cortante, que cuando azotaba dejaba tras de sí –y todavía nos deja– una sensación tonificante y saludable de pureza ambiental, sin las neblinas y humedades propias de las ciudades costeras o las que baña un río caudaloso. Precisamente la modestia fluvial de Madrid se convirtió también desde el principio en asunto literario, dividiendo a los escritores entre una mayoría jocosa y detractora y una minoría discretamente laudatoria. Entre aquellos vuelve a aparecer Lope de Vega, para quien Madrid constituía un verdadero enigma; así se trasluce en *Las mudanças de Fortuna, y sucesos de don Beltrán de Aragón* (Barcelona, 1612), quien, a modo de adivinanza, pregunta por una ciudad “que tiene y no tiene río, / que está en alto y no está en alto, / que es limpio y que no es muy limpio, / que llueve en él y hace sol, / que tiene y no tiene frío”<sup>21</sup>.

Haciendo coro a Lope, también lanzaron sus dardos contra el pobre Manzanares Luis de Góngora (1561-1627) y Tirso de Molina (1583-1648), espantados al unísono por la desmedida Puente de Segovia (Juan de Herrera, 1582-1584). Por boca del aprendiz de río clamaba Lope:

Quítlenme aquesta puente que me mata, / señores regidores de la Villa, / miren que me ha quebrado una costilla / que, aunque me viene grande, me maltrata. / De bola en

---

19 GONZÁLEZ GARCÍA, Juan Luis, “De ornato y policía en Madrid: Casas principales y ordenación viaria en el Renacimiento”, *Anales de historia del arte*, 7 (1997), Madrid, Universidad Complutense, pp. 99-122.

20 SEGURA, Cristina, “Madrid en la Edad Media. Génesis de una capital (873?-1561)”, en JULIÁ, Santos, RINGROSE, David y SEGURA, Cristina, *Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Alianza, 1994, pp. 13-120.

21 Citado por OLIVER ASÍN, Jaime, *Historia...*, p. 143.

bola, tanto se dilata, / que no la alcanza a ver mi verde orilla; mejor es que la lleven a Sevilla, / si cabe en el camino de la Plata<sup>22</sup>.

Más grave, Tirso se mofaba:

Ya que nos traen tus pesares / a que desta insigne puente / veas la humilde corriente / del enano Manzanares, / que por arenales rojos / corre, y se debe correr, / que en tal puente venga a ser / lágrima de tantos ojos<sup>23</sup>.

Y Góngora, en fin, con un falso respeto, le espetaba:

Señora doña puente Segoviana, / cuyos ojos están llorando arena, / si es por el río, muy enhorabuena, / aunque estáis para viuda muy galana. / De estrangurria murió. No hay castellana / lavandera, que no llore de pena, / y fulano Sotillo se condena / o olmos negros a loba Luterana. / Bien es verdad que dicen los Doctores, que no es muerto, sino que del Estío / le causan paroxismos los calores: / Que a los primeros del Diciembre frío / de sus mulas harán estos señores / que los orines den salud al río<sup>24</sup>.

Todas estas prendas de Madrid –en sí mismas modestas e insuficientes para merecer la capitalidad de un Estado- se completaban con otras cualidades muy estimables, como su capacidad para albergar a los soberanos y facilitarles momentos de ocio (y de cultura) imprescindibles y consustanciales a su regia condición. En 1561 Madrid ofrecía a sus soberanos un alojamiento competente en el Alcázar Real y un esparcimiento adecuado en sus inmediaciones, con pabellones arquitectónicos y parajes naturales capaces de procurar a los monarcas un contacto íntimo y culto con la Naturaleza, así como un marco adecuado para manifestar su majestad y su soberanía por medio de la propia arquitectura, la caza, los jardines o el coleccionismo de fabulosos tesoros y obras de arte, delimitando en el corazón de Castilla –y con Madrid como epicentro- una pequeña zona que habría de constituir el marco vital y el escenario político y representativo del sedentario Felipe II.<sup>25</sup>

Juntando unas y otras cualidades, Madrid pudo aparecer ante sus ojos como la mejor alternativa posible, la ciudad de sus dominios más adecuada para asumir la capitalidad. La responsabilidad, sin embargo, no fue enteramente suya, pues venía avalada –y, en cierto modo, predispuesta- por la actuación de sus antepasados, que desde hacía varias décadas distinguieron a la Villa con su presencia ocasional y con la celebración de Cortes. El historiador Luis Cabrera de Córdoba resumió bien las ventajas de Madrid y las razones que jugaron a su

22 ROSELL, Cayetano (ed.), *Lope de VEGA, Colección escogida de obras no dramáticas*, Madrid, Rivadeneyra, 1856, p. 394 (Biblioteca de Autores Españoles).

23 TÉLLEZ, Fr. Gabriel (Tirso de Molina), *Don Gil de las calzas verdes*, en HARTZENBUSCH, Juan Eugenio (ed.), *Comedias escogidas*, Madrid, Rivadeneyra, 1848, p. 402 (Biblioteca de Autores Españoles).

24 GÓNGORA, Luis de, *Obras en verso del Homero español*, Madrid, 1627, fol. 24 v. La cita –al igual que otras utilizadas en este texto- procede de SIMÓN DÍAZ, José, *Guía literaria de Madrid, I. De mural-las adentro*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, Ediciones La librería, 1993, p. 239.

25 KAMEN, Henry, *Una sociedad conflictiva: España, 1469-1714*, Madrid, Alianza, 1984, p. 239.

favor en el ánimo de Felipe II, unas ventajas que –a su vez- podemos compendiar en una sola: su potencialidad o, mejor dicho, su condición de ciudad en ciernes y de capital viable, antónimo de otras urbes tan históricas y consolidadas como imposibles:

Tenía disposición para fundar una gran ciudad, bien proveída de mantenimiento por su comarca abundante, buenas aguas, admirable constelación, aires saludables, alegre cielo y muchas y grandes calidades naturales que podían aumentar el tiempo y el arte, así en edificios magníficos como en recreaciones, jardines, huertas. Era razón que tan gran Monarquía tuviese ciudad que pudiese hacer el oficio de corazón, que su principado y asiento estén en el medio del cuerpo para ministrar igualmente virtud a la paz y a la guerra a todos los estados<sup>26</sup>.

Antes y después de Cabrera de Córdoba otros muchos cantaron la pureza, serenidad, delgadez y alegría del cielo de Madrid; un compendio de virtudes que, en realidad, describía su favorable clima, factor primordial para el desarrollo de cualquier urbe populosa y también de ésta. De hecho, no faltó quien pretendió otorgar al nombre “Madrid” el significado etimológico de lugar ventoso y de buenos aires, incurriendo en una falsedad poética que confería, sin embargo, un carácter culto y humanista al origen de esta población<sup>27</sup>. Los elogios de Madrid surgieron, según nos confirma Alfredo Alvar, en la época de los Reyes Católicos y estaban ya consolidados en 1550, al hilo del paulatino protagonismo que fue adquiriendo la Villa en el ámbito cortesano. De la mano del humanismo se identificaron y exaltaron sus rasgos diferenciadores, prefiriendo las noticias de los textos antiguos a los datos observados directamente o extraídos de los viajeros coetáneos. Siguiendo los dictados del romano Vitruvio y del moderno Leone Battista Alberti (1404-1472) comenzó a ponderarse el clima, la ubicación, la fertilidad de la comarca y la abundancia de aguas de Madrid hasta forjar “una visión tópica e idílica de la Villa y su entorno más inmediato”, asentada en un modo humanista de concebir la ciudad<sup>28</sup>.

Bajo este punto de vista, la extravagante propuesta etimológica que identificaba Madrid con “buenos aires” resultaba sin duda muy vitruviana pues, entre todos los factores enunciados, el de la salubridad del aire fue el más ponderado por el famoso tratadista, que dedicó el Capítulo IV del Libro I al tema “De la elección de parajes sanos”, subrayando que “en la fundación de una ciudad, será la primera diligencia la elección del paraje más sano” y recomendando a renglón

---

26 CABRERA DE CÓRDOBA, Luis, *Felipe II Rey de España*, Madrid, 1619. En J. L. CHECA. José Luis (estudio y selección), *Madrid en la prosa de viaje*, I, p. XII.

27 OLIVER ASÍN, Jaime, *Historia*, p. 216. Según confirma este autor, el testimonio más antiguo lo proporciona Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557). Asimismo, López de Hoyos, Venturini y Cock “decían que Madrid procedía de una voz árabe en el sentido de ‘lugar ventoso’, y Céspedes y Meneses, en 1623, identificaba el nombre Madrid con “lugar de buenos aires, porque ni en lo restante de España, ni aun en la mitad del orbe, se conoce sitio más sano... por sus incorruptibles y delicados vientos”.

28 ALVAR, Alfredo, *La Villa de Madrid vista por los extranjeros en la Alta Edad Moderna*, Madrid, Artes Gráficas Municipales, 1990, p. 9.

seguido que se evitasen las zonas húmedas, pantanosas o neblinosas en favor de las secas<sup>29</sup>. León Bautista Alberti también otorgó a este asunto la importancia que merecía, enriqueciendo las observaciones de su antecesor con nuevos datos, fruto de la experiencia y el conocimiento científico. Al abordar el problema del trazado de los edificios en su Libro I, recalcó el afán de los antiguos por huir de los climas pesados y adversos y sentenció:

que la tierra y el agua pueden modificarse con la experiencia y la inteligencia, si adolecen de algún tipo de elemento negativo; pero... el clima no es posible rectificarlo satisfactoriamente mediante ningún recurso de la inteligencia o la fuerza del hombre. Y, con toda seguridad, el aire que respiramos, con el que todo el mundo sabe que se alimenta y se mantiene la vida, si es absolutamente puro, contribuirá de una manera prodigiosa a procurar la salud. Entonces, ¿a quién se le escapa lo mucho que influye el clima en el nacimiento y crecimiento, por un lado, y en la alimentación y preservación de las cosas? Porque puedes comprender que aventajan en inteligencia las personas que disfruten de un clima más puro a los que vivan en otro denso y húmedo...<sup>30</sup>.

Alberti nos advertía ya sobre la capacidad del ser humano para purificar – en beneficio propio- ciertos elementos negativos del terreno y de las aguas y confirmaba asimismo las viejas teorías del griego Hipócrates sobre la relación entre las condiciones naturales de un sitio y la salud y el carácter de sus gentes<sup>31</sup>. Varios siglos después y a vueltas con lo mismo, Azorín (1873-1967) se preguntaba todavía por la dependencia entre clima y literatura; apoyándose en las teorías del eminente higienista y climatólogo Édouard Cazenave de La Roche (1824-1878) y en las del no menos distinguido médico Philippe Hauser y Kobler (1832-1925), afirmaba Azorín que el clima de una región (su aire, temperatura, hidrografía y luz) influía no sólo en el carácter de la población sino también en la psicología y la estética de sus artistas:

Si Cervantes hubiera nacido en Santiago de Compostela, ¿cómo hubiera sido? ¿de qué manera hubiera escrito el Quijote? Fray Luis de León, manchego de nacimiento, salmantiense de elección, ¿qué giro hubiera dado y qué matices, naciendo en Sevilla, a su Noche serena? La Puerta del Sol se encuentra a 654 metros sobre el Mediterráneo. No dejo yo nunca, mediterráneo que soy, de echar una mirada a la bronceína placa colocada en el que fuera Ministerio de la Gobernación, siempre que paso por la acera de este edificio. El aire de Madrid es vivo y elástico... En Madrid, la luz es viva y los contrastes de resplandor y sombra vivísimos. No es Madrid propicio a la melancolía y desgñamiento romántico... La luz de la altiplanicie castellana hace resaltar los contornos. Desde el Paseo de Rosales se ven como si estuvieran a dos pasos las anfractuosidades del Guadarrama, y se tiene cercano el azul y el blanco

---

29 Cito por la edición de ORTIZ Y SANZ, José, *Los diez libros de arquitectura de Vitruvio* (1787), Madrid, Akal, 1987, p. 14.

30 ALBERTI, Leone Battista, *De re edificatorio*, Florencia, 1550. Cito por la edición de Madrid, Akal, 1991, pp. 63-64.

31 HAUSER Philip, *Madrid bajo el punto de vista médico-social*, Madrid, Editora Nacional, 1979, I, p. 171.

de la piedra berroqueña, y –en invierno- de la prístina nieve. La pureza del cielo de Madrid estimula la apetencia de limpidez... El madrileño, inteligencia viva y sutil, es analítico e irónico. No se deja candorosamente alucinar. Su espíritu de análisis le lleva a la oposición. La oposición en Madrid flota en el aire...<sup>32</sup>.

Enseña de Madrid, “el cielo” compartió enseguida protagonismo con “el suelo” y su fama se extendió por todas partes, proyectando la imagen de una ciudad abigarrada, multitudinaria y exultante de vida y movimiento; un hervidero de gentes que, al amparo del benigno clima, abarrotaba las calles día y noche. Las servidumbres e incomodidades de una capital moderna se vieron pronto compensadas por la fascinación de su nuevo ritmo de vida, su trepidante bullicio y su mundanería, capaz de subsanar el endeble prestigio urbano y la controvertida monumentalidad de Madrid; capaz, incluso, de otorgarle el espíritu universal y cosmopolita de otras capitales más vetustas -como Roma, París, Lisboa, Londres, Viena, Nápoles o Palermo- con cuya imagen arquitectónica no podía rivalizar. A diferencia de las grandes urbes europeas, salvo Berlín, Madrid forjó su destino de golpe y su existencia quedó para siempre vinculada a la presencia del rey y del Estado, que aportaron una intensa vida social y un artificio no siempre favorables. Las calles adquirieron un protagonismo sin igual, pero no porque lograsen nunca la ordenación y belleza pretendidas de continuo por las autoridades, sino porque en ellas transcurrían y se escenifican todas las farsas de la vida urbana. El decorado de la ciudad (sus edificios, calles, fuentes, adornos y plazas) resultaba mediocre a los ojos de algunos, aunque para la mayoría quedaba oscurecido por la vivacidad callejera de esta capital inacabada.

Ya en 1548, el humanista Pedro de Medina identificó este rasgo como síntoma de superioridad y de grandeza, señalando “toda la muchedumbre de gente que de ordinario tiene este pueblo de diversas naciones, no solamente de España, sino también de fuera de ella...”<sup>33</sup>. Varias décadas después lo corroboraría Pedro Calderón de la Barca (1600-1681), madrileño de toda la vida, al destacar la hospitalidad como uno de los principales signos de su ciudad natal: “En Madrid, patria de todos, / pues en su mundo pequeño / son hijos de igual cariño / naturales

---

32 LACARTA, Manuel (ed.), MARTÍNEZ RUIZ, José (Azorín), *Madrid*, [1941], Madrid, Avapiés, 1988, pp. 95-96. En la página siguiente nos informa Azorín sobre las ideas de Cazenave, “tratadista distinguido, miembro correspondiente de la Academia de Medicina de Madrid, viajero en España... estudia el clima de Madrid en su libro *Du climat de l’Espagne*, París, 1863. En Madrid, dice el doctor, se dan bruscos cambios de temperatura. De un momento a otro cambia el termómetro. Estas perturbaciones motivan un ‘estado neuropático muy particular, que se traduce por una irritabilidad de carácter, una inquietud de humos, un desasosiego nervioso tan molesto para la persona que lo sufre como para sus propinuos’. Y el Dr. Hauser... concluye: ‘Si se considera Madrid bajo el punto de vista de la altitud, ejerce ciertamente una acción tónica sobre el organismo, particularmente en constituciones linfáticas, que necesitan un aire seco y agitado; en cambio ejercerá una influencia excitante y perjudicial en individuos dotados de una gran impresionabilidad del sistema nervioso’...”.

33 ALVAR, Antonio, *La Villa de Madrid*, p. 15, indica que Medina contribuyó poderosamente a fijar estos tópicos en su *Libro de las grandezas y cosas memorables de España*, editado en 1548 y ampliado, con notables exageraciones, en 1595.

y extranjeros”<sup>34</sup>. Bajo su cielo velazqueño y favorable trajinaba una multitud variopinta de individuos en busca de los placeres, asuntos, mercedes, negocios u ocasiones proporcionados por la Corte y el Estado o promovidos a sus expensas. Este fluir incesante de personas cimentó la fama de un Madrid plural y generoso, despreocupado de sí mismo y afanado en acoger a los recién llegados; una ciudad dotada de una insólita energía que, sin embargo, no debemos confundir con febril actividad, sino más bien con una singular indolencia y gusto por matar el tiempo en una urbe “donde –dice Cabrera infante- conversar es una de las bellas artes”<sup>35</sup>. La complacencia de los madrileños por la conversación y la mera charla fue señalada por otros escritores, como el hispanista irlandés Walter Fitzwilliam Starkie (1894-1976), gran conocedor de la España del siglo XX, que se afincó en Madrid tras la guerra civil y dirigió el Instituto Británico entre 1941 y 1952. En su libro de viajes *Aventuras de un irlandés en España* (1934) afirma:

Ninguna institución es más característicamente española que la ‘tertulia’. A ella debe Madrid su reputación de ser la ciudad donde más se habla... El español vive su vida familiar aparte del mundo y necesita sus horas de expansión en el club con sus amigos. De aquí que elija club un lugar, el más ruidoso del mundo: el café... Con la excepción de Dublín, en ninguna ciudad en Europa se derrocha en la conversación tanta mordacidad como en Madrid. Pero mientras los ingleses de Dublín viven bajo el crepúsculo céltico y se guardan de las flechas de sus adversarios con la niebla, los francotiradores de Madrid, bajo su atmósfera limpia, casi nunca fallan el blanco...<sup>36</sup>.

En 1599, el viajero alemán Diego Cuelbis (1574-?) también se mostró impresionado por el gentío de Madrid, “donde andan a media noche más hombres que de día por otras muy buenas ciudades”<sup>37</sup>, y años más tarde será Lope de Vega quien describa la popular y arraigada costumbre madrileña de reunirse de noche a la puerta de casa a “tomar el fresco”, afirmando asimismo que durante el verano la ciudad era idónea “para quien trasnoche / sin cotas ni sin broqueles, que tiene nieve y pasteles, / vino y dulce a media noche”<sup>38</sup>. Mucho después, Ernest Hemingway (1899-1961) reflexionaba sobre la afición taurina de Madrid y alguna otra particularidad, como su cambiante y brusco clima, su aire serrano (“que hace del respirar un verdadero placer”) y su militante nocturnidad:

---

34 CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro, *El maestro de danzar*, en HARTZENBUSCH, Juan Eugenio (ed.), *Comedias*, Madrid, 1848-1850, 4 vols, t. II, p. 77.

35 CABRERA INFANTE, Guillermo, *El libro de las ciudades*, Madrid, Alfaguara, 1999, p. 165. Una reflexión muy parecida la encontramos en CARANDELL, Luis, “Madrid, retrato sentimental”, en *Madrid*, Madrid, Lunwerg, 1987, p. 22.

36 Citado en SANTOS RAMÍREZ, Juan Antonio (estudio y selección), *Madrid en la prosa de viaje IV*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1996, pp. 157-158.

37 CUELBI, Diego, *Tesoro Chorographico de las Españas*, relato del viaje por la península ibérica entre 1599 y 1600, British Library, Colle Harley Manuscrito 3.822, citado en CHECA, José Luis, *Madrid en la prosa...*, I, p. 10.

38 Los testimonios de Lope proceden, respectivamente, de *Santiago el Verde* y *La discreta enamorada*, en SIMÓN DÍAZ, José, *Guía literaria*, I, p. 43.

Irse a dormir temprano en Madrid es como querer sentar plaza de persona extravagante, y vuestros amigos se sentirán molestos durante algún tiempo con vosotros. Nadie se va a la cama en Madrid antes de haber matado la noche... En ninguna de las otras ciudades en que yo he vivido, salvo en Constantinopla, durante la ocupación aliada, se va con menos ganas a la cama por el propósito de dormir...<sup>39</sup>.

Abundan los testimonios literarios sobre la vitalidad callejera de Madrid, tanto de día como de noche, aunque nos conformaremos aquí con el elogio del escritor y periodista Edmundo de Amicis (1846-1908) a la Puerta del Sol en 1871:

Es una plaza digna de su fama; menos aún por la extensión y la belleza que por la gente, por la animación, por la variedad de espectáculo que ofrece a toda hora del día. No es una plaza como las demás; es al mismo tiempo salón, paseo, teatro, academia, jardín, plaza de armas y mercado. Desde que amanece hasta la una de la noche veis allí una multitud fija, y una multitud que va y viene por las diez grandes calles que en la plaza desembocan, y un seguirse y cruzarse los carruajes que revuelve la cabeza. Acuden allá los mercaderes, los demagogos desocupados, los empleos cesantes, los viejos pensionistas, los jóvenes elegantes: allí se trafica, se habla de política, se corteja a las mujeres, se pasea, se leen los periódicos, se caza a los deudores, se dan cita los amigos, se preparan las demostraciones contra el ministerio, se acuñan las noticias falsas que hacen la vuelta de toda España, y se teje la crónica escandalosa de la ciudad. En las aceras, tan anchas que podrían pasar cuatro carruajes de frente, hay que abrirse paso a la fuerza. En el espacio de una sola losa veis un guardia civil, un vendedor de fósforos, un rentista, un pobre, un soldado, todos confundidos. Pasan grupos de estudiantes, criadas, generales, ministros, ciudadanos, toreros, señoras, vagabundos recelosos que os piden limosna al oído para no ser descubiertos, busconas que os miran con ojos interrogativos, mujeres ligeras que os tocan con el codo: por todas partes los sombreros en alto, la sonrisa en los labios, las manos buscando manos amigas; saludos alegres, gritos de mandaderos cargados y de quincalleros con la tienda al cuello; voceríos de vendedores de periódicos, chillidos de aguadores, cuernos de ómnibus que suenan, látigos que crujen, rumor de sables, retintín de guitarras, cantos de ciegos. Luego pasan los regimientos con sus músicas, pasa el rey, bañase la plaza de inmensos chorros de agua que se cruzan en los aires, llegan los portadores de avisos que van anunciando espectáculos, corre la gente menuda con grandes brazadas de diarios y suplementos, sale de los ministerios un ejército de empleados, vuelven a pasar los regimientos, las tiendas se iluminan, la multitud se hace más compacta, menudean los codazos, crece el vocerío, y llega a su colmo el movimiento. Y no es un movimiento de pueblo atareado; es vivacidad de gente alegre, júbilo carnavalesco, ocio inquieto, rebullimiento, fiebre de placeres, que os acomete y os tiene allí, u os hace dar vueltas como un aro, sin dejaros salir de la plaza: una curiosidad que no se sacia jamás y, para decirlo claro, una bendita voluntad de no hacer nada, de no pensar en nada, de oír conversaciones, de bigardear y de reír. Tal es la famosa Puerta del Sol<sup>40</sup>.

---

39 HEMINGWAY, Ernest, *Muerte en la tarde* (1932), citado en SANTOS RAMÍREZ, Juan Antonio, *Madrid en la prosa de viaje*, p. 137.

40 DE AMICIS, Edmundo, *España, 1873* (traducción de Hermenegildo Giner de los Ríos, Madrid, Espasa Calpe, 1987). Citado por CHUECA GOITIA, Fernando, *El semblante de Madrid*, Madrid, 1991, pp. 114-115.

De Amicis comprendió también, como otros muchos, que la fama de Madrid no podía medirse por la extensión de su perímetro urbano, la belleza y armonía de sus calles o la grandeza y monumentalidad de sus edificios, sino por el raro dinamismo de sus calles y plazas. Abundando en esta proverbial mezcla madrileña, el jesuita Baltasar Gracián (1601-1658) ya describió la ciudad como “una Babilonia de confusiones, una Lutecia de inmundicias, una Roma de mutaciones, un Palermo de volcanes, una Constantinopla de nieblas, un Londres de pestilencias y un Argel de cautiverios...”, poniendo tales palabras en boca de Critilo, personaje central de la novela *El criticón*. Para componer este funesto retrato, Gracián evocó los principales vicios de Madrid en el defecto más sobresaliente de otras tantas ciudades primordiales, convirtiendo inopinadamente a la Villa y Corte en compendio y crisol de todas ellas. Frente al severo juicio de Critilo se alzaba conciliadora la voz de su compadre Andrenio, para quien Madrid era “una real madre de tantas naciones, una corona de dos mundos, un centro de tantos reinos, un joyel de entrambas Indias, un nido del mismo Fénix y una esfera del Sol Católico...”<sup>41</sup>.

Sólo juntando ambas mitades completaremos el retrato de Madrid, ciudad sabia y descreída que logró fundar el mito de su grandeza sobre el controvertido mérito de su vivacidad. La confusión del suelo y la claridad del cielo—en expresión de Tirso de Molina— forjaron su fama tanto como los edificios monumentales, las calles espaciosas y las buenas casas fomentaron el prestigio de muchas más ciudades europeas. Su vitalidad, al decir de don Antonio Bonet Correa (1925-2020), madrileño de adopción, ha sido tan fuerte

que incluso puede y ha podido prescindir de la gran arquitectura. Verdadero microcosmo, su historia siempre ha oscilado entre la estética de lo sublime y la de lo cutre. Sus monumentos y su caserío han sido, en todo tiempo, como un telón de fondo, como el decorado de un enorme escenario en el que se representase el gran teatro del mundo<sup>42</sup>.

Y es que Madrid, entre todos los criterios posibles de grandeza, eligió para sí misma el de la fascinación humana, convirtiendo la vida en espectáculo, la calle en escenario y los balcones en palcos. Madrid, “piélago de gentes, abismo de novedades, mar de peligrosas sirtes y, finalmente, hospicio de todas naciones”<sup>43</sup>, es también la ciudad de los balcones, pues ya en 1623 contaba con más de

---

41 GRACIÁN, Baltasar, *El Criticón*, tercera parte, Madrid, 1657, citado en BARELLA, Julia (estudio y selección), *Madrid en la novela, I*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1992, p. 204.

42 BONET CORREA, Antonio, “Sueño y realidad de Madrid”, en PORTELA SANDOVAL, Francisco (ed.), *Las propuestas para un Madrid soñado: De Texeira a Castro*, Madrid, 1992, p. 17. A este respecto, y en relación con el origen de esta “singularidad” urbana de Madrid, sigue siendo fundamental el estudio de GÁLLEGO, Julián, “El Madrid de los Austrias: Un urbanismo de teatro”, en *Revista de Occidente*, 73 (1969), pp. 19-54.

43 Así describe la Villa y Corte -tras una larga estancia en Andalucía- Teresa de Manzanares, protagonista de la obra de Alonso Castillo de Solórzano *La niña de los embustes* (Barcelona, 1632); citado en BARELLA, Julia, *Madrid en la novela*, p. 131.



ochenta mil para disfrutar del trasiego cotidiano de sus calles<sup>44</sup>. Ramón Gómez de la Serna, reinventor de Madrid, confirmaría esta rara y sugestiva cualidad urbana: “Guarda Madrid un modo de vivir único, no especulando más que con el aparecer al nuevo día, asomarse a un balcón o pasear un rato”<sup>45</sup>.

Incluso en sus horas más bajas, cuando “la inmensa mayoría está absorta en el problema de cómo llegar a fin de mes”, y a contrapelo de la realidad histórica y cotidiana de 1949, según el hispanista Gerald Brenan (1894-1987) los madrileños parecían aferrarse a la vitalidad como a una tabla salvadora, haciendo de la apariencia un arte:

Madrid, a diferencia de Londres, es una auténtica capital. Esta inmensa tierra árida y polvorienta, con su pobreza y su tedio y sus problemas insolubles, ha vomitado una ciudad espléndida, espaciosa y enteramente hecha para la vida humana<sup>46</sup>.

Excesivo, Hemingway la proclamó “capital del mundo” y, desde la coctelería Chicote en la Gran Vía, celebró su colorido y su mundanería antes de que los aires festivos se apagasen y la ciudad sucumbiese durante décadas a la mojigatería, enlutada de gris y monocroma, ausente de sí misma y remilgada<sup>47</sup>. Resucitada de su letargo, Madrid resplandeció cuarenta años después como “capital de la movida” y en 1992 llegó a ser también “capital europea de la cultura”, sumiéndose por fin en la carrera febril del desarrollo. Cada vez más grande y caótica -más distante- pareciera, sin embargo, que aún se esfuerza por ir a contramano del poder y cumplir su verdadera vocación de ciudad inacabada, de capital descreída y desdeñosa de los emblemas de identidad que se disputan, en cambio, sus hermanas<sup>48</sup>.

Parca en signos tangibles e indiferente al oropel de la grandeza, Madrid intenta permanecer también impasible a las costuras y remiendos que cada día efectúan los gobernantes en su rostro, tratando inútilmente de completar su aspecto y conferirle la apariencia monumental y congruente que nunca ha tenido y que desmienten las muchas frustraciones y fracasos de su arquitectura y su tejido urbano. Como muy bien advirtió la escritora Nina Epton (1913-2010) en los años 1960, el atractivo turístico de Madrid no reside en sus monumentos ni en su historia, sino en la animación de sus calles, de modo que

nunca se ve gente agobiada que trajina de un lado a otro con guías manoseadas ‘haciendo’ Madrid. Nunca se padece aquí la frustrante percatación, común a los

---

44 GONZÁLEZ DÁVILA, Gil, *Teatro de las grandezas de la Villa de Madrid, Corte de los Reyes Católicos de España*, Madrid, 1623, pp. 11-13.

45 BORRÁS, Tomás (ed.), GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón, *Descubrimiento de Madrid*, Madrid, 1993, p. 47.

46 BRENNAN, Gerald, *La faz de España* (1950), citado en SANTOS RAMÍREZ, Juan Antonio, *Madrid en la prosa de viaje*, p. 283.

47 CABRERA INFANTE, Guillermo, “La cuna del requiebro y del chotis”, en *El libro de las ciudades*, pp. 161-166.

48 BAKER, Edward y COMPITELLO, Malcom Alan (eds.), *Madrid. De Fortunata a la M-40. Un siglo de cultura urbana*, Madrid, Alianza, 2003.

viajeros concienzudos en París, Londres o Roma, de que por mucho que te afanes jamás podrás abarcar la historia entera de la ciudad, jamás podrás visitar todos los lugares históricos... Los naturales de Madrid, orgullosos de esta animación y ávidos de novedades, siempre están derribando los pocos edificios históricos que quedan para actualizar permanentemente su ciudad. Madrid fue la primera capital europea que erigió rascacielos. Algunos planes resultaron demasiado ambiciosos, y los fondos se agotaron. Importantes edificios han quedado incompletos y se empiezan otros. A la pregunta ‘¿Qué le parece Madrid?’ se puede responder todavía lo mismo que respondió el campesino que vino a la feria de San Isidro hace más de un siglo: ‘Le diré lo que me parece Madrid cuando lo acaben’<sup>49</sup>.

En este mismo sentido, vale la pena recordar una anécdota que se difundió aquí en 2002 y que damos por buena, aunque no sea verdadera. Cuentan que el actor estadounidense Danny DeVito recorrió entonces Madrid durante una visita para promocionar una película; al terminar el paseo ponderó la belleza de la ciudad, pero no pudo por menos que destacar también la proliferación de zanjas y de obras que entorpecían las calles a cada paso, formulando irónicamente el deseo de que encontrásemos cuanto antes el tesoro oculto en el subsuelo...

Parece que Madrid sufriera una rara y natural propensión a lo inacabado, bien sea como consecuencia de su condición capitalina (ciudad-espejo, golosina de gobernantes), o bien por su desbordado afán de novedades, su inconstancia, su llaneza o, quizá, por mero escepticismo. “Los que comprendemos Madrid –decía Gómez de la Serna– somos comunicativos y nos entendemos porque somos lo acabado en lo inacabado y odiamos el artificio de lo muy logrado”<sup>50</sup>. Sólo la red de la Compañía Metropolitana de Transportes –el metro, para que nos entendamos– se esfuerza por contradecir la inclinación de esta ciudad a estar siempre metida en composturas y siempre inacabada. Contrapunto abstracto e imposible de Madrid, el suburbano parece empeñado en llegar a ser una metrópoli perfecta y planificada, susceptible de ampliarse ordenadamente y completarse en beneficio de todos y a mayor gloria de algunos. Reverso de su propia ciudad, el metro fluye en las entrañas de Madrid igual que transcurre el tiempo en unos grandes almacenes: irreal y monótono, descorazonador, privado del cielo y de la luz natural, inmutable al cambio de las estaciones y ajeno al beneficio del paseo, de la contemplación y del encuentro; ajeno en fin a todo aquello que hace de Madrid una ciudad cercana y memorable. Pudiera ser, a fin de cuentas, que la verdadera esencia de Madrid, su verdadero encanto, radique en la provisionalidad de lo incompleto, en la inveterada fragmentación de una ciudad hospitalaria y contradictoria, moderna, cosmopolita y también algo pueblerina, que todavía se afana por ofrecer a sus vecinos la posibilidad “de construir su identidad sobre la no exigencia de la identidad de procedencia”

---

49 EPTON, Nina, *Madrid*, 1964, citado en SANTOS RAMÍREZ, Juan Antonio, *Madrid en la prosa de viaje*, pp. 338 y 339.

50 GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón, *Descubrimiento de Madrid*, p. 48.

<sup>51</sup>. Madre de todos e hija de nadie, “a diferencia de otras ciudades del mundo que integran a los que en ellas viven haciéndoles olvidar de dónde vinieron, Madrid prohija a los forasteros dejándoles que sigan siendo lo que eran cuando llegaron”, hasta el punto, como advirtió Luis Carandell, que “ser de Madrid consiste muy a menudo en no ser de Madrid”<sup>52</sup>.

Quién sabe si algún día Madrid—también ciudad de socavones y de socarronería—decida escarmentar a su engreído *alter ego* suburbano y escenifique un final tan cinematográfico como el de la legendaria “Ciudad sin Nombre”, abriendo sus calles en canal y engullendo a quienes tratan de negar su identidad<sup>53</sup>.

---

51 GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, “Pongamos que hablo de Madrid”, en diario *ABC*, 27 de octubre de 2003.

52 CARANDELL, Luis, *Madrid*, Madrid, Alianza, pp. 19-20 y 22, respectivamente.

53 La cita alude a la película “La Leyenda de la Ciudad sin Nombre”, dirigida en 1969 por Joshua Logan y protagonizada por Lee Marvin, Clint Eastwood y Jean Seberg.